

Empezar el día

Caer es caer, sin paliativos, lo mismo que el día despunta sin otro mensaje que el cese de la noche, caer es entonces como amanecer sin otra información posible que una condición física, y caer es volver a la Tierra, volver al sueño geológico y su ritmo pétreo, por un momento, volando en la caída, siquiera ese lapso inconsciente que visto de lejos perturba y preocupa o si es percibido asusta y conmueve sentir su sonido irremediable y si es con la piel propia no da tiempo a asustarse; caer en la noche no es bueno, caer al amanecer contiene una broma, un chiste y una ironía, caer es ridículo al amanecer claro, me falla el tobillo, tropiezo, resbalo y zás, y esto es evidente que no es ridículo, que ello solo ocurre por lo mismo que una rama tronzada por el viento no es ridícula, cayó, sí, pero nada tiene de risible caer al empezar el día, normalmente ocurre y el mundo sigue girando sin que se detenga toda actividad y el entorno pare a reflexionar sobre que caer no es bueno, sobre por qué se cayó ¿se ha hecho daño?

Caer ¿qué significa? ¿y por qué caer y no caur o caor? Tendrá que ver con algo, con el polvo pedregoso que se recoge del suelo con las rodillas, siempre involucradas en las caídas, pero ahí caer es misterioso también al amanecer, al empezar el día caer en el pozo de los problemas, en la memoria de los errores, en la angustia de las amarguras, caer en el recuerdo de lo que pudo ser y en revivir el acto por el cual no fue, sin involucrar a las rodillas toda la dificultad de levantarse concierne en este caso al corazón que está herido, que está caído, que llora como un niño desolado que no quiere levantarse que descansa en zambullirse en las costuras íntimas del interior de las rocas calizas y en flotar como si la herida milagrosamente en esa quietud cegadora fuera a desaparecer como si fuera curativa pero aquí caer es caer en la quietud cegadora sordamente, tan solo ceñido y atento a la caída, o al contrario, mucho peor, caer pensando 'qué bonita es esa flor' o en cualquier otra ocurrencia, de manera imprudente como si caer no fuera caer con todas las consecuencias abandonado de sí mismo a la mañana o a la tarde.

¿Y caer de forma prolongada? Un mes entero, un largo año, toda una vida por la ladera de una montaña sucesivamente interminada la caída, no alivia al corazón pensar que en algún momento se detendrá la caída, el propio cuerpo o el de otro, en esa aceleración que se prevé por ser una caída prolongada, zanjada por el batacazo final, cruel, no alivia, pero tales caídas si admiran a los espectadores, que vuelven a ser buenos y piadosos siquiera con el caído del día, ese amanecer, caer ya cuando se llega a la edad del declive caer, caer, caer, y ser felizmente asistido con diligencia y buena solidaridad pero también no serlo, pero también caer implacablemente solo implacablemente.

O caer entre espectadores, que se preguntan, nos preguntamos sobre la frenada, si da tiempo, en el agobio, en el pánico, en el horror del miedo que informa de los huesos quebrados, de sus astillas y sus esquirlas, carne contra su propio hueso y hueso rompiendo su carne, sangriento anuncio de lo irreparable, o nada de eso, aquí no ha pasado nada, solo un traspies, ¿qué hora tiene usted?

Caer al amanecer no es infrecuente, incluso súbitamente, incluso en colectivo, al amanecer soleado o al atardecer blanco ventiscoso, un hoy cualquiera glorioso o inglorioso tras el cual deambulan, deambulamos los caídos, los caídos-levantados y los caídos-caídos en permanente estado de caída y los no involucrados nadie normalmente se preguntará sobre el posterior merodeo de sonado, de loco con historia, que cayó sin importar el por qué ni el cómo sino el después, el ahora... ay, ni el dónde.

Pero es importante.

Caer contra qué? Caer en el ayer, en el mañana en el hoy, contra qué donde pues no es lo mismo caer entre piedras, en el suelo de madera o en un prado verde al lado o al otro lado del tiempo de los sueños de la tierra de los besos de la furia de la historia.

Caer y olvidar la caída, u olvidar el haberse levantado, estar viviendo en ese olvido, como si el atardecer, caída del Sol por el horizonte, de la mañana en la tarde, no fuera de sí intensamente duro, extensamente frío, en aquella caída, cuando se cae sin hacer nada para que la frenada no sea aún más bárbara, de algún modo caer desde el amanecer, o desde el nacimiento, que podría ser también, que és, caer en una idea incorrecta, cuando nada importa si fue por el viento, por una persona vil, por uno mismo, el mundo o un higo. Un higo que sin embargo no cae nunca, que esta sin caer allí arriba, por él caer porque él no cae.

Ay, qué duro es caer de una escalera, de lado, en plaf, y caer un obrero a la muerte en su trabajo, no mejor que expirar aplastado.

Caer, los imperios, las cosas, las bolsas, el capitalismo, entremezclados al ámbar de las últimas hojas, al agua onírica de los sueños más vivos.

Cayendo hacer la estadística de las caídas, de una época, ah! ...para otra época que nos mirara inmisericorde como a caídos en el pasado de un milenio o de un minuto. Y desde donde nos miraremos en un caer allí, ya nos estamos mirando, o allá, ya nos miramos.

Caer, caer, no el simple fluido envolvente del vértigo o la tensión del suspendido en la altura, creciendo en la mente, preanunciando no el mero resbalón sino la pérdida del agarre, el encuentro fatal con la Tierra, caer en serio por el abismo o de una silla, qué malo es tantas veces

como ver caer a alguien y no poder
hacer nada,
y es raro pero las hormigas
no caen cuando suben por la pared,
ni las moscas cuando circulan
alrededor de la lámpara
luchando por estar arriba,
en su circulación animal
y no corriendo por las paredes, luego
sí,
es decir, ahora, cuando las miro
allá atrás
mientras observo las trizas del aire
trémulas
y danzantes entre el humo de cigarro
definitivo
y me veo cayendo en los recuerdos
junto a las moscas, en el torbellino del
humo,
solo, al empezar el día.

Dudo,
agito los brazos hacia el aire
dispersando el humo
y las danzantes figuras
transparentes
que se desmoronan
como arena de oro
hacia la nada
como sueño ante rayo de Sol
tiemblan y se deshacen
hacia el abismo.

Y tras las trizas trémulas del recuerdo
de los caídos

veo el baile de la vida
llamando a otras caídas.

30 -1-2014
Euskal Herria
K.García-Sainza